

El final

En su blanco lecho la muerte fue a visitarla de forma esperada, pues ya era mucho el tiempo en que estaba padeciendo. Pero no sólo sufría dolores físicos sino también hondas penas del alma, que son las peores. En esos instantes, lejos de agarrarse al mundo, como la mujer de un tal Juan de Nazarín, se dejaba querer por el ocaso. A los sufrimientos físicos se le unía la incompreensión que padecía por parte de los habitantes del mundo que le había tocado vivir. Es entonces cuando pensaba que ya, desde hacía mucho tiempo, no había lugar para ella en esta sociedad y que lo más natural sería marcharse. Postrada en una cama, con vistas al sol, que se escondía, con toda su belleza, tras la línea del horizonte, y, llena de una profunda alegría, su alma se despedía de esta vida, cogida de la mano de Cristo, su salvador, que la llevaba, con suma delicadeza, sobre las serenas aguas hacia una luz totalmente desconocida hasta entonces para ella.